



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina Doña Maria Cristina y S. S. AA. RR. los Sermos. Dres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 13.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 30 Octubre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

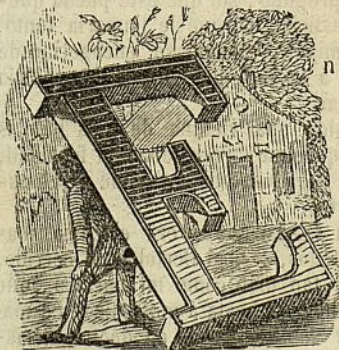
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

El día de difuntos, por D. Luis Fàbra y Cervero.—Escamoteos, por D. Rafael Blasco.—Monumento fúnebre erigido á la memoria de M.^{lle} Rachel.—Las ánimas, por D. Carlos Frontaura.—El pecado original, (poesía) por D. Pedro M. Yago.—Crónica de teatros, por D. Dámaso Delgado Lopez.

Láminas. Tumba de la Rachel.—Día de difuntos.

EL DIA DE DIFUNTOS.



ten el corazón humano, el hombre corre desalado por el camino de la vida sin fijarse

en cuanto existe en torno suyo, y si únicamente en el móvil que dirige sus pasos.

El sendero de la existencia es breve, y el hombre trata de recorrerle hasta su término con el objeto de apurar la copa de los placeres que le ofrece un mundo engañoso.

Pero á veces detiene su precipitada marcha ante esas piedras miliarias que la Iglesia, madre cariñosa, ha colocado á su paso para demostrarle la brevedad de su existencia.

El día de difuntos es la esfinge cristiana, que así como la de los antiguos griegos se aparecía en el camino que conduce á la capital de la Beocia, para proponer enigmas á los viajeros que si no descifraban eran víctimas de su furor, así ésta se aparece de vez en cuando en el camino de la vida, proponiendo al viajero cristiano el terrible enigma de su existencia.—De dónde viene y á dónde va.—Si el hombre, ofuscado por densas tinieblas no alcanza á resolver este problema, sigue avanzando por un camino escabroso hasta llegar al fin de su perdición. Si por el contrario, guiado por la luz de la fe, consigue descifrar el enigma, detiene sus pasos, y descubriendo su cabeza y deponiendo su orgullo, penetra tranquilo y sereno en el sagrado recinto de la verdad, de la igualdad y de la justicia, ¡morada de los que fueron!...

«Inmensa comunidad de muertos, como dice un sábio escritor, en que el grande está al lado del pequeño; república de perfecta igualdad, en donde no se entra sin quitarse el

casco ó la corona, para pasar por la baja y humilde puerta del sepulcro.»

En este recinto sagrado reina siempre la soledad y la mas bonancible calma, la brisa apenas murmura al cruzar por entre las ramas del funerario ciprés, las aves suspenden sus cantos de alegría por no turbar el sueño de la muerte, la loca vanidad retrocede avergonzada ante aquellas urnas sepulcrales, las pompas mundanas caen por su base al pisar aquella tierra diárijamente removida, las ilusiones se desvanecen al leve soplo de la realidad y la verdad sustituye á la mentira.

Este lugar, ordinariamente olvidado por los que sienten todavía en su pecho el hálito de la vida, vé agolparse en este día á sus puertas una inmensa multitud. Hombres y mugeres, ancianos y niños, todos corren presurosos á prosternarse sobre la fria losa de algun sepulcro, y vertiendo sus ojos abundantes lágrimas, elevan desde el fondo de sus corazones preces fervientes por los que un tiempo fueron nuestros parientes ó amigos.

¡Sublime poder de la religion cristiana! ella los congrega allí á todos con un mismo fin, demostrando que el lazo que une los hombres por medio del dolor y de la tristeza, es mas sólido y duradero que la union basada en la alegría y en los placeres.

Antiquísima es la costumbre de honrar á los muertos custodiando sus sepulcros. Y este sentimiento de la conciencia universal es una prueba evidente de que algo mas existe en

nosotros que la materia inerte; no es á ésta á quien se le tributan esas honras fúnebres, sino al alma inmortal que continúa viviendo en las mansiones eternas.

Todos los pueblos han respetado los restos mortales de los hombres.

Segun la doctrina gentilica, las almas andaban errantes cuando los cuerpos quedaban insepultos.

Célebres son los sepulcros de Mausoleo en Cária y de Osimandias en Egipto. La celebridad de este pais procede en parte de sus sepulturas.

Los egipcios, con el afán sin duda de disputar á la muerte su codiciada presa, embalsamaban los cadáveres, depositándolos despues en sus Necrópolis; ciudades consagradas á los muertos, donde hoy todavía el viajero al hollar sus ruinas, descubre á través de un laberinto de geroglíficos, restos de la pasada grandeza, de aquel pueblo que marchó un dia al frente de la civilización.

Si nos detenemos ante sus colosales pirámides, ellas nos demuestran con su lenguaje mudo el poder y la nada de los que las construyeron; pues no son otra cosa que panteones de sus reyes.

Ellos trataron de legar un monumento á la posteridad, y quizá mañana las arenas del desierto ocultarán en su seno esas moles de granito.

El pueblo hebreo no tenia sitio determinado para sus sepulturas; muchas veces colocaban los sepulcros en las ciudades, pero mas comunmente en el campo, en los caminos públicos, en las cavernas ó en los jardines.

Uno de los caracteres distintivos de ese pueblo bendecido por Dios, fue su gobierno patriarcal y su amor á la familia; y deseando que ésta se prolongase mas allá de la tumba, enterraban en un mismo lugar á los que habian estado unidos por los vínculos de la sangre. Así se descubre en el campo de Ephron, enfrente de Mambré, el sitio donde descansan los restos mortales de Abraham, de su esposa Sara y de sus hijos.

Los judíos, durante su cautiverio, suspiraban por no poder descansar junto al sepulcro de sus padres. Y por lo mismo exigió Jacob de sus hijos la promesa de que trasladarian sus huesos á la tierra de sus mayores; y esto mismo hizo prometer Joseph á sus hermanos.

¡Felices aquellos que logran no separarse ni aun despues de la muerte de las personas queridas! El amor traspasa los límites del sepulcro, para renacer mas puro en las regiones celestes.

El pueblo griego, esclavo de la forma é idólatra de la belleza, trataba de encubrir la fealdad de la muerte con los encantos del arte. Despues de quemar los cadáveres creyendo que de este modo se purificaban las almas, recogia sus restos encerrándolos en urnas cinerarias que depositaba en magníficos túmulos junto á las playas del mar. Las brisas que acariciaban aquellos sitios, estaban embalsamadas con los perfumes de vistosas flores y de plantas aromosas, que por mas que la mano del hombre se esmerase en su cultivo, ellas mismas demostraban lo efímero de la existencia.

El pueblo de Rómulo y de Numa, agricultor y guerrero y de formas mas severas que el anterior, admitia también la combustion de los cadáveres por la misma razon que los helenos. Tenian los *Columbarium*, como sepultura comun; y en ella se confundian los restos mortales de los cónsules con los de sus lictores y esclavos. De este modo nivelaba la muerte la desigualdad que habia existido entre ellos durante la vida.

Poseian además sepulturas particulares que colocaban á la entrada de las ciudades ó á lo largo de los caminos públicos, para recordar á los transeuntes que ellos tambien eran mortales como los que allí dentro reposaban.

Sus inscripciones encerraban una profunda filosofía, principiando generalmente con las palabras; *siste, aspice, cave viator*.... y éste no podia menos de detenerse y meditar sobre aquellos monumentos de la muerte, que habian derribado tantas fortunas gigantescas y devorado tantas vidas ilustres.

Los salvajes del nuevo continente reflejaban en sus sepulcros la sencillez de sus costumbres. Depositaban los cadáveres en grutas destinadas al efecto, y en sus emigraciones llevaban sobre sus hombros los huesos de sus padres. Y en tanto que los habitantes de Nueva-Orleans tienen sus bosquecillos sagrados adornados de palmeras y corpulentos árboles, los de las islas del Océano Equinoccial poseen los pilares de Morai, de los cuales suspenden el cadáver, cubriéndole el rostro con una canoa boca abajo, simbolo del naufragio de la vida.

Este respeto que han inspirado á todos los pueblos los restos mortales de los hombres, subió de grado en el seno de la religion cristiana.

Cumpliendo con el divino precepto de que *el cuerpo ha de volver á la tierra, de la cual fue tomado*, desechó el rito de la combustion; y bajo la palabra cementerio (lugar de descanso ó dormicion) comprende la morada de los finados; dando á entender que el cuerpo solo reposa allí hasta que llegue el dia de la resurreccion de la carne.

El hijo de Dios al ascender á su trono de gloria, dejó encomendada la tutela de los hombres á su esposa la Iglesia; y ésta como buena madre, acompaña á sus hijos desde la cuna hasta mas allá del sepulcro; ¡silencioso pórtico de otra vida mas feliz!

La tumba del idólatra solo nos habla del pasado, pero la del cristiano nos descubre el porvenir, al mirarla protegida por la benéfica sombra de los templos del Señor: y donde éstos no se elevan, los sustituye el árbol de la Cruz, signo de nuestra redencion.

Justo era que la Iglesia señalara un dia destinado á honrar las cenizas de los que fueron, visitando sus sepulturas y elevando preces por sus almas. Así el hombre al pisar este recinto fúnebre, no puede menos de reflexionar sobre la brevedad de la vida; pues si eleva sus ojos al cielo vislumbra la eternidad, y si los fija en la tierra se le representa su nada.

Lógico parecia que en este sitio tuvieran su límite las pasiones; y sin embargo, todavía se distingue al orgullo luchando por levantar su abominable cabeza, por entre esos magníficos mausoleos que la mano del artista construye para perpetuar la memoria de los poderosos. ¡Como si fuera posible que las obras del arte fueran suficientes á salvar del olvido el nombre de aquel que no supo salvar su alma de las tinieblas del error!

La vista de los sepulcros nos ofrece reflexiones tristes y consoladoras á la par. Llegará un dia, en que *los que lloran serán consolados, y los humildes, enaltecidos*; y el hombre feliz puede desde luego meditar sobre lo efímero de los placeres terrenales.

Pero no por esto miremos con horror esos santuarios de la muerte.

Si la verdad que desconoce el mundo
Solo la tumba sella,

¿Por qué mirarla con horror profundo
Si la verdad es bella?

«Y mejor es, como dice el Eclesiástico, ir á una casa donde reina el luto, que á la en que se prepara un festín; en aquella el hombre considera su último fin, y aunque lleno de salud pensará en lo que un dia le ha de suceder.»

Oremos, pues, sobre la tumba de nuestros padres, y al depositar en ella nuestras lágrimas, esclamemos con religioso fervor:

Beati qui in Domino moriuntur.

LUIS FABRA Y CAYERO.

ESCAMOTEOS.

Apuntes de un tal Lopez.

Cuando yo era niño, pasaba muy de tarde en tarde por mi pais natal un prestidigitador cualquiera, que sentaba sus reales en una posada, colocaba una mesa en su habitacion, ponía sobre la mesa un tapete y debajo á su ayudante, se ceñía la bolsa á la cintura y llamaba á son de tambor ó de trompeta al pueblo para que presenciara los juegos mas admirables y mas diabólicos que podia soñar el entendimiento humano.

Yo he sido siempre apasionado por lo maravilloso, y como ignoraba la manera de ejecutar las suertes, no perdía ocasion de admirar las habilidades del jugador de manos.

El primer curioso que se acercaba á la posada á depositar cuatro cuartos en el platillo del mágico era yo, y mi placer no tenia límites cuando veía desaparecer las bolas y los pañuelos, cuando se reproducian hasta el infinito los cubiletes, cuando el tunante vomitaba fuego ó cintas, ó cuando se clavaba en la frente una lezna de zapatero hasta el puño.

Despues he visto escamoteadores mas hábiles, últimamente los maestros del arte, Macallister, Bosco, Hermann, entre un diluvio de comprofesores de menos fama que han caído sobre nuestro pais, como la langosta en un campo de trigo.

Los escamoteadores han aumentado prodigiosamente, no solo hay uno en cada teatro, sino uno en cada plaza, en cada esquina, en cada casa; hay escamoteadores de oficio y de afición, de paga y de convite, de público y de salon, de calle, de café y de taberna.

Yo los he visto todos, y me he reído de las escentricidades de los unos, de la ignorancia de los otros, de las supercherias de los mas, de la ligereza de los menos, de la imbecilidad del público y de las necedades de los aficionados.

Los escamoteos de los escamoteadores son falsos, fingidos, supuestos; una paloma á la que se le corta la cabeza de mentirigillas, un canario que aparece en la punta de una espada á beneficio de un pistoletazo, un pañuelo que se corta y se quema con espíritu de vino, una botella inagotable que proporciona licor para cien personas.

Todo es mentira, pero parece verdad y la gente suelta el dinero por semejante majadería.

Los escamoteos reales y verdaderos tienen lugar ante nuestros ojos todos los dias y pasan desapercibidos, y eso que se nos ofrecen gratis, aunque á veces cuestan muy caros.

No me refiero á los escamoteos de pañuelos, de dinero, de relojes, que tienen por lugar de la escena la plaza pública, ni á los escamoteos de los ladrones en grande escala que saquean una habitacion en cinco minutos; estos son escamoteadores de la legua, que persigue la justicia por su falta de habilidad.

Existen otros escamoteadores que lo escamotean todo, que están en todas partes, que despojan al prógimo, sin que éste pueda quejarse á la justicia, porque le llamaria tonto, ni á sus amigos, porque se encogerian de hombros, ni á la sociedad porque le recibiria con carcajadas.

Yo he sido una víctima de esos hábiles jugadores, que me arrebatan la felicidad, mientras los jugadores de farsa me arrebatan los cuartos.

Iba yo á la escuela y era el chico mas aplicado de todos, leía el Bertoldo de corrido, escribía casi tan mal como mi maestro, que era manco, llegaba hasta á multiplicar en matemáticas, y sabía el credo en doctrina cristiana. Ninguno de mis compañeros rayaba tan alto, ninguno podia compararse conmigo.

Se acercaban los exámenes y el ayunta-

miento debía presidirlos, entregando una medalla de cobre con la efigie de San Pascual Bailon al niño mas aplicado.

Ignoro por qué motivo la municipalidad se habia acordado de San Pascual para colgarlo al cuello del sobresaliente de la escuela, aunque, segun la gente murmuraba, la citada medalla habia pertenecido á un rosario viejo de la alcaldesa y su ilustrado esposo, que no sabia leer, la habia regalado como un gran obsequio con el objeto de que sirviera de premio.

No habia duda de que San Pascual era para mí; yo era el mas adelantado de la escuela y se me debia adjudicar en justicia.

Se verificaron los exámenes y la medalla se la llevó el hijo del tio. Corredera, tratante en cerdos y amigo del alcalde, como que le regalaba todos los dias el pienso necesario para el mantenimiento de su borrico.

Aquel escamoteo de Correderrilla, fue el primero que me llegó al corazon.

Cuando me acuerdo del sentimiento que me causó esta decepcion, de las lágrimas que derramé, de los suspiros que eché al viento, comprendo toda la inocencia de los pocos años.

Llegué á rapazuelo y decian en el pueblo que era muy despejado, pero me perseguia la mala fortuna.

Un hijo del conde del lugar llegó de Madrid á restablecer su salud. Era feo como el mascarón de una fachada gótica, flaco, verdoso, canijo y patí-estevado. Necesitaba una distraccion, un compañero que le sirviera de amigo, de consejero, de bufon, de acémila y de perro, y pensaron en mí. Yo me presté regañando á desempeñar tan diversos empleos, pero á los pocos dias me conformé con mi suerte, porque cada coscorrón me valia un bollo, y yo era apasionado por los bollos y despreciaba los coscorrónes.

Pero el rapa-barbas del pueblo, que era intrigante como él solo, que así manejaba la lengua como la navaja y que de la misma manera descañonaba que quitaba reputaciones, se empeñó en que me pusieran de patitas en la calle, admitiendo en mi lugar á su hijo, que era tan salvaje y tan murmurador como su padre.

Y tanto habló y levantó tanto falso testimonio y dijo de mí y de mi familia hasta la quinta generacion tales cosas, que el conde un dia, al salir yo de la casa, me arrimó á la parte posterior del cuerpo la punta no sé si de su bota ó de su zapato, recomendándome de paso, aunque era escusada la recomendacion, que no volviera á atravesar aquellos umbrales.

Así lo hice, y el barberillo tomó posesion de mi plaza; y tantas veces y con tanta perfeccion sirvió de asno al hijo del señor conde, que gustaba poco de andar á pié y se estremecia de ir á caballo, que al fin llegó á alcanzar su amistad y su confianza.

Se mejoró por entonces el enclenque condesito, se atribuyó la gloria de la mejoría al hijo del barbero, que con sus chistes le habia sacado del cuerpo la ictericia, y no fue necesario mas para que se le dispensara una decidida proteccion.

Es probable que la ictericia hubiera desaparecido igualmente si yo hubiera continuado en mi destino, y en tal caso todos los favores hubieran recaido sobre mí y yo seria un hombre notable; porque el tal barbero se fue subiéndolo á las barbas de tal modo, que con el apoyo del conde ha llegado á ser hasta diputado á cortés no sé si en la última legislatura ó en la anterior.

No quiso la suerte que yo fuera diputado porque se temió sin duda que habia de tomar por lo sério el cargo, y hoy se necesitan otros hombres para el caso, que digan sí ó no á voluntad del gobierno, que cobren buenos sueldos y que dejen á un lado eso que se llama bien del país.

Pues, como iba diciendo, perdido este

recurso volví á la escuela y allí acabé de instruirme en todos los ramos del saber humano, segun aseguraba el manco del maestro.

Mas tarde dejé la escuela, entrando de meritorio en una oficina, donde solo me daban disgustos, y allí estuve diez años dia por dia trabajando como un negro con la esperanza de alcanzar una plaza de escribiente vigésimo cuarto, dotada con el sueldo de dos mil reales anuales. El empleado que poseia esta canongia se murió, de cólera sin duda, al contemplar su mala suerte, y todos me dieron la enhorabuena, porque mi ascenso, decian, era cosa segura.

Pero intervino una criada del gefe, muy servicial y muy buena moza, que se empeñó en que se nombrase vigésimo cuarto escribiente al hermano de leche de una su prima, y como, segun aseguraban malas lenguas, el gefe no sabia negarle nada á la rolliza maritornes, se convino en regalarme el papel de víctima. Hubo algunas dificultades para acceder á las pretensiones de la criada, porque, dejando aparte mis diez años de servicios que no debo mencionar, porque los servicios son papeles mojados en esta tierra clásica de los garbanzos, la verdad era que el chico sabia apenas escribir, inconveniente bastante grave para ser escribiente; cuya ignorancia achacaba á su cortedad de vista; pero que en mi concepto nacia mas bien de su estupidez, que era de padre y muy señor mio. Lo cierto fue, que á pesar de todo, la criada triunfó y que el hermano de leche de su prima me escamoteó el destino con la mayor limpieza.

A todo esto habia yo cumplido veinticinco años justos y cabaes y creí que era llegada la hora oportuna de enamorarme. Hasta entonces solo habia pensado en trabajar, pero el desengaño que acababa de sufrir me ponía en el caso de tomar una determinacion desesperada y resolví trasformarme en marido, si encontraba una muger que quisiera serlo mia.

Quiso mi negra fortuna que una mi vecina tuviera la debilidad de prestar oído á mis rancios requiebros y agostadas flores, conduciéndome como de la mano al borde del precipicio matrimonial. Era Lolita, que así se llamaba mi adorado tormento, alta, flaca, huesosa, de color de aceituna, algun tanto cargada de espaldas y remangada de narices, pero á mí me parecia que la misma diosa Vénus era una revendedora de plazuela colocada á su lado.

Tenia además mi Lola un carácter irascible, de manera que cuando la cólera animaba su pálido semblante, parecia una furia escapada del averno, y á pesar de mi cariño, ocasiones hubo en que me puse á temblar como si el frio de recia cuartana helara la médula de mis huesos, y era por añadidura coqueta con ese coquetismo meloso y feróz de las feas, que parece que quieran absorber la existencia de un hombre con una mirada. En resumen, Lolita tenia mas faltas que una pelota y mas resabios que un caballo de alquiler.

Pero así y todo yo la amaba; hasta creo que la adoraba en algunas ocasiones y me decidí á casarme con aquel ángel chato y corcovado, cifrando en el matrimonio toda mi ventura sobre la tierra. Eché mis cuentas y me dije: ¿Qué has de hacer, Lopez? Ya no eres un niño, quieres á Lola, ella te corresponde, ¿por qué no te casas? Debes casarte. ¿Qué lo impide? Nada. ¿No puedes sustentar las obligaciones del nuevo estado? Sí, por cierto; tienes cinco reales diarios que te dejó tu tio el capellan, y con esta prebenda y alguna otra cosita que puedes añadir con tu trabajo, huyendo por supuesto de ser meritorio de oficina, no os faltará nada á tí, á tu muger y á tus hijos, al menos nada para rabiar; y terminado este razonamiento, di un puñetazo sobre la mesa, que estaba muy achacosa y vino al

suelo rompiéndose tres patas de las tres y media que tenia, y exclamé: Esto es hecho; me caso.

No quiero decir nada de la alegría de Dolores al saber mi resolucion, ni de la mayor que experimentó su madre, viuda que era de un sargento de realistas, con mas años que Matusalen, y mas picardias que años, porque deseo tocar ligeramente recuerdos tan tristes; baste saber que el matrimonio se fijó para de allí á un mes y que yo no cabia en mí de gozo y temia rebentar como una cigarra.

El demonio, que todo lo enreda, hizo que por entonces sentara sus reales frente por frente del balcon de mi Lola, un comisionista de comercio que tocaba el fiscorno y remedaba una riña de galos con tan asombroso éxito, que dos cicatrices que ostentaba en la frente señalaban el paso de otros tantos ladrillos dirigidos á un desesperado micifuz oculto en un rincon de la calle, por mas que él pretendiera que eran de heridas recibidas en singulares desafios. El músico comisionista hubo de prendarse de Lola, y aunque era mas feo que yo, logró desalojarme de su corazon, valiéndose no sé de qué malas artes; aunque estoy persuadido que tan rara muger se apasionó sin duda de los maullidos gatunos ó de alguna nota sostenida del fiscorno.

Yo que nada sabia de lo ocurrido, me quedé estupefacto una mañana al recibir la siguiente carta.

Sr. Lopez:

Devo decir leque de lo que avia entrre nosotros noai ia nada. No me pida usted explicaciones: no tea cuerdes mas de mí. Que V. esté gueno: su amija

Lola.

Este trabucazo me descompuso el estómago y gasté lo menos dos libras de magnesias para volver á colocarle en su estado normal. Apenas me habia restablecido de mi indisposicion, supe que Lolita se habia casado con el comisionista, y quince dias despues, éste le rompió el fiscorno sobre la columna vertebral.

Desde entonces hasta la fecha he tomado cien rumbos diferentes, y siempre con igual éxito; siempre un escamoteador me ha arrebatado el pan de la boca con sus manos lavadas. Quise ser escritor, y compuse un drama; lo leí á una de nuestras eminencias literarias que lo tuvo en su poder dos meses para corregirlo y me lo devolvió diciéndome lisa y llanamente que aquello era un mamarracho, y en la siguiente temporada teatral se estrenó una obra de mi censor que estaba completamente calcada sobre la mia. El público aplaudió, la eminencia recogió muy buenos cuartos y yo me quejé, pero como nadie conocia mi nombre, nadie hizo caso de mis lamentos. Despues solicité la secretaria del ayuntamiento de un pueblo de doscientos vecinos, dotada con mil reales y cinco cahices de cebada al año, luego la plaza de cabo de serenitos en una poblacion donde solo existe uno de estos apreciables funcionarios; últimamente, la espendeduría de tabacos de un pais casi despoblado, donde apenas se venden seis cajetillas de Filipino al mes; y lo mismo el estanco, que la serenidad y que la secretaria me fueron escamoteados con la mayor limpieza.

Todo esto me trae perplejo y cari acontecido, no sé si por lo singular de mi estrella ó por la escasa nutricion que proporcionan á mi estómago los cinco reales de mi tio el capellan; que á la verdad hay dias en que me parece que veo visiones y no es otra cosa que la debilidad que se me sube á la cabeza y me trastorna el entendimiento; que tales puntos de contacto tienen la abstinencia y el vino.

Por supuesto, que yo no soy de esos hombres que se desalientan por cualquier cosa y pierden la esperanza. ¿Han visto ustedes cuán-

tos contratiempos he sufrido? Pues todavía no estoy desengañado, todavía pienso probar fortuna. ¿Quién sabe si la suerte se habrá cansado de escamotearme el porvenir?

He solicitado una plaza de practicante de hospital. ¿La obtendré? En caso afirmativo, habré conseguido lo que deseo; porque al dependiente de un establecimiento tan benéfico, no le faltará cama donde morir y yo me contento ya con morir en un hospital.

¡Si me escamotearán también esta dicha!

RAFAEL BLASCO.

MONUMENTO FÚNEBRE

erigido á la memoria

DE M.^{lle} RACHEL.

El grabado que acompaña al presente número, representa el monumento fúnebre levantado á la memoria de la ilustre trágica de este siglo M.^{lle} Rachel, muerta en Cannet, cerca de Cannes, el 3 de Enero de 1858, construido á espensas de su hermano M. Rafael Félix, en el cementerio del Este, de París.

En este sarcófago que contiene diez tumbas, dos de ellas están ya ocupadas por Rachel y su hermana Rebeca.

Sobre la fachada de la capilla de estilo griego, se destacan tres coronas esculpidas: la del medio, ha sido regalada por la *Comedia francesa*; y las otras dos ofrecidas á M.^{lle} Rachel por la ciudad de Lyon y por M.^{me} Dorval; siendo todas de oro, y la del medio adornada de pedrería.

En el dintel, por cima de la puerta se ven los atributos de la tragedia: una copa y dos puñales; descansando todo sobre una guirnalda de siemprevivas con lazos de cintas y flores.

Delante de la capilla se ven dos grandes canastillos de mármol llenos de flores.

El interior representa una consola de mármol blanco, y planchas igualmente de mármol fijas en la pared, destinadas á recibir las inscripciones. También el suelo está embaldosado de mármol.

El arquitecto de este fúnebre monumento es M. Lemoine Benivt, á quien ya se le deben las tumbas del senador M. Vicillano, y de M. Darcey, miembro del instituto de París. La parte de escultura es obra de M. Chervet, y la construcción fue confiada á los Sres. Mialochon y Bourdon.

LAS ÁNIMAS.

I.

Juan y Teresa habían nacido él para ella y ella para él.

Ninguna muchacha de la aldea era mas bella, ni mas hacendosa, ni mas discreta y juiciosa que Teresa, y ningún mozo podía competir con Juan en gallardía, nobleza de sentimientos y amor al trabajo.

Teresa tenía quince años y Juan diez y ocho, y entre los padres de uno y otro estaba convenido que, apenas saliera el chico libre de la quinta, los casarían, persuadidos de que habían de formar una bella pareja, y dar á la patria unos cuantos robustos hijos, que los hijos y el trabajo nunca le estorban al pobre.

Por supuesto que si el chico tenía la suer-

al ver que las llamas entraban por la ventana de su aposento.

Un honrado joven, único apoyo de sus padres sexagenarios, se había quedado ciego en el incendio.

Juan y Teresa veían con dolor profundo aquellas horribles desgracias, y una noche, dos días antes de hacerse en el pueblo el sorteo de la quinta, dijo Juan á Teresa:

—Teresa, ¿no es verdad que debemos tener confianza en que Dios no nos abandonará?...
—El me libre de dudar de su infinita misericordia, contestó la bella joven.

—Pues bien, repuso Juan, me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál?

—Tú sabes que tu padre y el mío tienen reservadas algunas fanegas de trigo, para comprarme un hombre, en el caso de que la suerte no me quiera favorecer en el sorteo....

—Sí; mi padre lo ha dicho.

—Pues bien, antes que yo son nuestros desgraciados vecinos que se mueren de hambre que han perdido cuanto tenían. ¿Quieres, Teresa, que les demos lo que nuestros padres me darán para librarme de ser soldado, y que si no me toca la suerte será nuestro regalo de boda....?

—¡Ay! Juan; ¿y si caes soldado, y no te puedes librar luego?...
—Hija mía, si no hiciéremos eso por los desgraciados, me parece que tendría toda mi vida una pena, y una angustia y un remordimiento...

—¡Dios mío! murmuró sollozando Teresa, ¿y si te vas á ser soldado, y te matan en la guerra?...
—No querrá Dios que eso suceda, Teresa de mi alma.

—Pues mira, no digas nada á tu padre hasta mañana... Pensémoslo esta noche... Yo necesito que Dios me dé fuerzas para esponerme al peligro de perderte.

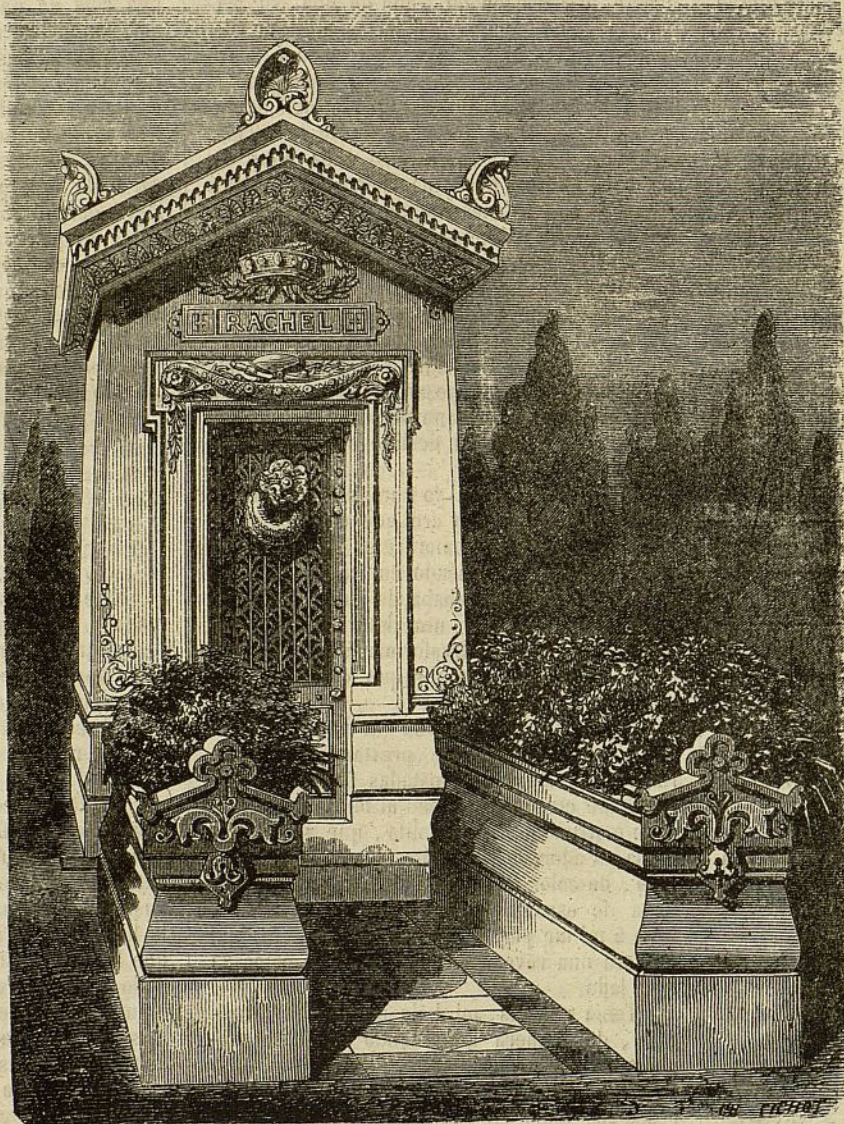
—No querrá Dios que eso suceda, Teresa de mi alma.

—Pues mira, no digas nada á tu padre hasta mañana... Pensémoslo esta noche... Yo necesito que Dios me dé fuerzas para esponerme al peligro de perderte.

El día siguiente, Juan y Teresa convinieron en que nunca, en ninguna circunstancia de la vida, se debe retroceder ante sacrificio alguno, si de este sacrificio ha de resultar el bien del prójimo.

El pueblo por otra parte comenzaba á murmurar de los padres de Juan y Teresa, que tenían trigo en el granero, y no querían venderlo barato para los pobres, y menos socorrer á las víctimas del incendio.

Y las mozas, al salir de la iglesia, habían cuchicheado señalando á Teresa, mirándola con cierto desden, y los mozos se alejaban de Juan y empezaban á tomarle tema; no solo porque su padre y él nada daban para los pobres, sino porque ya sabían que, mientras algunos de ellos cargarían con el chopo, él podría pagar un hombre, y cargar con una muger que aunque á veces suele pesar mucho mas que un fusil, era la mas bonita diez le-



TUMBA DE LA RACHEL.

te, que así se llama, de caer soldado, entre ambos padres pagarían la cantidad señalada por la ley para redimirle, porque aun tenían ambos padres algunas fanegas de trigo que vender, aunque despues de vendidas y pagado el sustituto se quedarían sin un ochavo de ahorros.

Iba á decidirse la suerte de Juan, iba á sacarse la quinta en el pueblo, cuando un horrible incendio redujo á cenizas seis casas, y á la mas espantosa miseria á seis pobres familias.

Estas familias, sin casa ni pan, vagaban por el pueblo, implorando la caridad de sus convecinos, pero éstos eran muy pobres, y muy escasos, por consiguiente, los recursos que podían proporcionarlas.

Una madre que criaba á su hijo, le había visto morir de hambre en sus brazos.

Un anciano paralítico se había vuelto loco



DIA DE DIFUNTOS.

Ayuntamiento de Madrid

guas á la redonda, y la que habia dado sendas calabazas á mas de dos y á mas de cuatro.

A los padres de los novios los llamaban ya *los dos viejos avarientos*, y hasta hubo entre aquéllos mozallones alguno que propuso pegar fuego á las casas de los dos vecinos que tenían trigo y no se lo daban á los pobres.

El resultado de todo esto fué que Juan y Teresa pidieron á sus padres encarecidamente que diesen á los pobres lo que para ellos reservaban, y tanto y tanto suplicaron que aquella misma noche el trigo se repartió entre las familias mas necesitadas del pueblo, que colmaron de bendiciones á los dos viejos y á los dos jóvenes, que tan inmenso sacrificio hacian, quizá el de todo su porvenir.

Juan sacó en el sorteo el número 1; no hubo mas remedio, fue soldado.

II.

Juan tenia un enemigo, pero un enemigo muy temible, porque se fingia amigo.

Andrés, que así se llamaba el enemigo de Juan, era un mozo como un trinquete, de mirada torva y pocas palabras, que solia pasarse horas enteras sin abrir la boca mas que para bostezar, y sin levantar los ojos del suelo, donde debia haberse perdido algo, segun el afán con que iba buscando siempre; solamente cuando pasaba cerca de Teresa, levantaba los ojos y fijaba una ardiente siniestra mirada en el bellísimo semblante de la novia de Juan.

Teresa no conocia el amor ardiente, apasionado, rencoroso y terrible que se ocultaba en el pecho de Andrés, y aunque no le era muy simpático, que digamos, el tal Andrés, le ponía buena cara y le adulaba porque era amigo de Juan y éste le profesaba un verdadero amor fraternal.

Andrés tambien cayó soldado, y el dia en que perdió su libertad por ocho años, fue el único dia que se le vió alegre, satisfecho, con la cabeza erguida, al mismo tiempo que los demás quintos volvian tristes al seno de sus familias, con la pena de separarse de la madre cariñosa, y del hermano querido, y con las incertidumbres de ocho años de una vida completamente desconocida para ellos. Andrés sabia que, siendo Juan soldado, no habia de celebrarse la boda concertada, y bendecía la suerte que sujetaba al único hombre que habia logrado interesar el corazón de la muger que él deseaba ardientemente.

Nadie extrañó que Andrés recibiera con alegría la noticia de su nuevo destino, porque no tenia madre, ni padre, ni hermanos, y porque un tío con quien vivía, era un viejo rico y avaro, que siempre le habia tratado con dureza y hasta con crueldad, y todos creían que ser soldado era para Andrés una fortuna, no solo porque se veria libre de su tío, á quien poco ó nada tenia que agradecer, sino porque con la vida militar, con el trato de sus compañeros de armas y con *ver mundo* sufriría notable y provechosa modificacion su carácter encogido y sombrío.

Llegó el dia en que los quintos del pueblo debían ser entregados en caja.

Aquel dia, Teresa lloró mas que todos, — que todos lloraban aquel dia, menos Andrés, que contemplando á Juan y á Teresa, era el único en cuyo rostro se pintaba la alegría y la satisfaccion; — puso al cuello de Juan un escapulario de la Virgen del Cármen, y estrechando la mano de Andrés, suplicó á éste que fuese siempre amigo y hermano leal de su prometido, que pidiese servir en el mismo regimiento, y que no le abandonase nunca, si llegara á caer enfermo ó si le herían en un combate.

La pobre niña no advirtió que la mano de Andrés ardia y temblaba en la suya, y no leyó en sus ojos una siniestra mirada de odio dirigida á Juan, que con la cabeza inclinada so-

bre el hombro de su anciano padre lloraba tambien, pensando quizá que acaso no volveria á besar aquellas venerables canas, ni á realizar los sueños de felicidad que pocos dias antes le halagaban, cuando ya se creía dueño y esposo de su Teresa.

Las familias socorridas por los padres de Juan y Teresa conocieron entonces, al ver partir para el ejército á Juan, toda la abnegacion del sacrificio hecho en su favor, y se avergonzaron de sus injuriosas sospechas y de haber encarecido la avaricia y el egoismo de los desdichados padres de la infeliz pareja.

Sonaba el toque de ánimas cuando los diez soldados que el pueblo daba á la patria para su defensa salían al camino de Madrid y abandonaban, quizá para siempre, el amado inolvidable lugar de su infancia, de sus alegrías y de sus amores.

Al oír la primera campanada del toque de ánimas todos se descubrieron, y se arrodillaron pidiendo á Dios les acompañase con su proteccion y su misericordia en la vida de azares y peligros en que iban á entrar, y guardase la vida y la tranquilidad del padre anciano, de la afligida madre, de la hermana candorosa y de la tierna amante.

Andrés fue el único que no rogó á Dios por él ni por nadie, que no puede esperar nada de Dios, quien esclavo de viles miserables pasiones dá abrigo en su alma al odio y á la envidia.

Y cuando cesó el toque de ánimas, pusiéronse en marcha los nuevos soldados, á quienes los soldados viejos que los acompañaban, referían todos los episodios, todas las ventajas y todas las quiebras del oficio, procurando distraer y alegrar á los pobres mozos, aunque no era aquella en verdad la ocasion mas oportuna para que les pareciese la vida militar, vida alegre, divertida y preferible á la monótona y tranquila de la aldea.

Cuatro dias despues, los quintos hacían su entrada en Madrid, y eran incorporados á los regimientos, siéndolo á uno mismo Andrés y Juan, por el deseo que éste manifestó de no separarse de su amigo, de su hermano de la infancia.

III.

Teresa, lo primero que hizo apenas perdió de vista á Juan, fue irse corriendo á casa á escribir una carta á Juan, que en Madrid tenia un primo á quien dirigió para que la entregara á su prometido.

Así es que lo primero que encontró Juan al llegar á Madrid, fue el primo con la carta, y la carta con el primo.

La carta estaba mal, pésimamente escrita, pero perfectamente sentida, y habia en ella mas amor que en diez novelas juntas, con la diferencia de que era amor puro y verdadero.

Juan con la alegría que le dió la carta, rió, lloró, abrazó á todos sus compañeros, y hasta al cabo que les habia acompañado á Madrid, que era, Dios me perdone, bastante arrimado á la cola, y corrió á leerla de la cruz á la fecha á su amigo Andrés, que algo extraño debió sentir en su espíritu, que se le puso el rostro de cien mil colores al oír las tiernas frases, y los sinceros juramentos de la carta, y descargó sobre Juan en una mirada, el odio mas profundo, y el mas tenaz deseo de venganza.

Juan se hizo querer pronto de sus gefes y de sus compañeros, por su bondadoso carácter, por su facilidad para aprender todos los pasos, todos los ejercicios, y todos los manejos conocidos, por su limpieza, y por su apostura y gallardía, que no habia uno á quien sentara mejor el uniforme y con mas gracia se pusiera las prendas militares, y que mas llamase la atención de las criadas, niñeras, doncellas y demás individuos del *ramo* que monopoliza desde hace mucho tiempo los sensibles corazones de los defensores de la patria.

Andrés era el reverso de la medalla; rebelde, torpe, descuidado, sucio y perezoso, habia logrado en poco tiempo la antipatía de sus gefes y sus compañeros, y mas de una vez habia merecido reprensiones de los primeros; Juan, que se interesaba por él y queria evitarle humillaciones y castigos, le aconsejaba y le predicaba sin cesar, y le limpiaba la ropa y el fusil, y hacia por él lo que un padre cariñoso haria por su hijo. Todos estos favores en vez de dar por resultado la gratitud y la amistad, acrecentaban el odio que Andrés profesaba á Juan, odio voraz é inextinguible, que hacia de Andrés el mas desdichado de los hombres, porque Andrés no dormia ni hallaba reposo ni alegría, y estaba en perpétua angustia al lado de aquel hombre cuya existencia era el obstáculo que el destino habia puesto entre él y Teresa, á quien amaba, aunque esto parezca una contradiccion, con un amor que era despecho y odio; y la situacion de Andrés era tanto mas horrible y desesperada cuanto que el mismo á quien odiaba era el que mas le amaba, el que con mas afecto le trataba, el que con mas abnegacion y desinterés le servia, el que por él se desvelaba sin cesar, compadecido de la orfandad en que vivia el pobre Andrés, como él le llamaba, y deseoso de modificar aquel carácter sombrío y mal intencionado, que tanto daño podia hacerle en el mundo, y sobre todo en la vida militar á que la suerte le habia destinado.

Y para modificar el carácter de Andrés, lo que hacia Juan era hablarle del amor que tenia á Teresa, amor que era para él un tesoro de felicidad y de esperanzas, y le enseñaba las cartas que le escribía, y las que él recibía de ella, y le aconsejaba que, siguiendo su ejemplo, amase tambien á alguna muchacha honrada y hacendosa, con la que se casaria en cumpliendo el tiempo de servicio, como él pensaba hacerlo, apenas recibiera la codiciada licencia.

Y el odio de Andrés aumentaba cada vez mas.

Pasaron años y llegó un dia en que la patria agraviada encomendó á su ejército valiente su desagravio, y el regimiento de Juan y Andrés fue uno de los destinados á la honrosa empresa de combatir por el buen nombre español.

Juan no sintió miedo, al pensar en los peligros á que iba á esponerse; lo que sintió fue el noble impulso de su corazón español, y el orgullo de ir á combatir por la patria, que era la de sus padres y la de la muger amada.

Andrés sintió miedo, miedo de morir sin cumplir su venganza, miedo de no poder estorbar la felicidad de Teresa y Juan, si éste salía ileso de la campaña.

Ya pueden figurarse mis lectoras, que se le figurarán mejor que mis lectores, qué efecto causaria la noticia de la guerra en el angustiado ánimo de Teresa. Tenia por indudable que en la guerra morían todos los que en ella tomaban parte, y que no se daba por terminada hasta que no quedaba en pié un solo combatiente, ó mejor dicho, hasta que quedaba uno solo en pié, porque un hombre solo no es fácil que haga la guerra, aunque algunos hay que solos y sin necesidad de nadie, se la hacen á sí mismos.

¡Cómo se pondría la buena muchacha, cuando su padre y el de Juan, que podían ahogarlos con un cabello, tuvieron que hacer de tripas corazón y teniendo como tenían traspasada el alma por la incertidumbre y el temor de los peligros á que iba á esponerse el pobre soldado, hubieron de dedicarse con todo empeño á consolarla y á evitar que la chica se volviera loca, que en riesgo de esta desgracia se hallaba, segun todas las señales!

Pasados los primeros dias, y habiendo hecho su efecto los consuelos de los dos ancianos, y del cura, y del escribano y del médico,

y despues que pudo convencerse de que á la guerra van muchos y vuelven tambien de la guerra muchos de los que van, hizo la pobre niña infinidad de promesas á la Virgen, y le compró dos velas de cera, que el cura puso en el altar, y todos los dias iba á pedir á la Santa madre del Redentor que protegiera á su prometido, y le librara de los peligros de la campaña.

Al toque de ánimas se la veia cada tarde postrada ante la bella consoladora imagen, que ya recordará el lector que al toque de ánimas salió del pueblo el enamorado Juan, el dia que la suerte le llevó á la vida militar.

(Se continuará.)

CARLOS FRONTEIRA.



EL PECADO ORIGINAL.

I.

Un mundo entre la nada reposaba,
Un mundo entre las sombras se cernía,
En la mente de Dios se fabricaba,
Iba á nacer, el mundo ya existía.
La flor, la peña, el ave, el onda esclava,
Todo habia de ser: el primer dia
Iba á bañar con amorosa lumbre
La faz del mar y la soberbia cumbre.

Iba á ser: en el seno del misterio
Duerme la idea del Señor tranquila;
De pronto, allá en el célico hemisferio,
Ténue, el albor diurno que vacila
Viene á cumplir el soberano imperio,
Tiñendo con los rayos que destila,
De oro y gualda la mar que gime hirviente,
De oro y azul el cielo trasparente.

Naturaleza sacudió indecisa,
Al beso de su amor, su somnolencia,
Alzó su vuelo sin rumor la brisa,
Robó á las flores su primera esencia,
Manó entre el césped y arrastró sumisa
Su corriente de clara transparencia
Blando arroyo, que salta entre breñales
Y lleva al mar sus líquidos cristales.

Y á poco, flores, auras, rios, fuentes,
Raros insectos mil, aves canoras
De las selvas, arroyos transparentes,
Lejanas cataratas zumbadoras,
Un mundo entero, se exhaló en torrentes
De luz y de armonías seductoras,
Llenando con su múltiple concento
La enamorada soledad del viento.

Y se vistió la tierra sus mejores
Galas gentil en su primer mañana,
Y bendijo despues con sus loores
Al Hacedor de su beldad temprana:
Y en lecho blando de fragantes flores
Despertó al dulce son de agua que mana,
Dueño y señor de cuanto el mundo encierra,
El primer hombre que pisó la tierra.

II.

Todo brindaba dicha y paz al alma,
Todo reia en torno:
Yacía el mar en calma,
Gemía apenas con murmullos vagos
La brisa entre las ramas;
Eran azules los dormidos lagos,
Leda la sombra que los bosques llena,
Dulce al oído el trino de las aves,
Tibio el ambiente, fresca el aura amena,
Serenos el cielo, gratos los suaves
Rumores diferentes
Del bosque, de las auras, de las fuentes.

Bella el alma y gozosa y esplendente,
Llevaba Adán la vida en su mirada,

Y el mundo que estendíase á su frente
Era del alma venturosa, espejo,
Era el pobre reflejo
De la vida que Dios puso en su mente.

Adán era feliz. Allí á su lado
Hermoso un sér que le comprende, vela;
Mitad de él mismo, compañera amante,
Fijaba en él sus ojos de gacela.
Y Adán la vió, en la luz de ellos tranquila
Complació su mirada.
El mágico recinto
Que abría á su esperanza
Lejana lontananza,
El misterioso ameno laberinto,
Quisieron recorrer, y en la espesura
De tanto bosque en flor, se aventuraron
Doquier hollando alfombras de verdura.

Y hallaron á su paso, de su dicha
Mil pájaros cantores,
Y hallaron fuentes en silvestres grutas,
Y hallaron plantas de pintadas flores,
Y árboles vieron de sabrosas frutas.

Uno de ellos, hermoso en la apariencia,
Era el árbol del mal. Lo miró el hombre
Con íntimo recelo en su inocencia.
Puso en su oído Dios secreto amago
Que le alejaba del dañoso fruto
Y allá en su corazón un miedo vago
Que á aquel sitio, punzándole en el alma,
No le dejaba que llegase en calma.
Eva lo vió; el temor que la embargaba
Prestaba al árbol misterioso encanto
Para ella, y al par que lo miraba
Así decía en tanto:

—«Nuestro temor no es justo:
Vamos á contemplar tan bello arbusto.
¿Qué fresca sombra prestarán sus ramos!
Lleguemos, pues, su sombra disfrutemos:
Y hasta tocar el fruto..... si queremos,
Lo podemos tocar..... ¿por qué no vamos?
Con tocarlo tan solo ¿qué perdemos?
Con llegar á su sombra ¿qué arriesgamos?»

Así la seducción habla á la mente,
Y con tan vil razón condescendiendo
El corazón demente,
Débil va el hombre al borde de un abismo,
Y sin fuerza bastante
Acepta con el mal lucha gigante
De la sima fatal al borde mismo.

Y siempre vence el mal; jamás alcanza
Nuestra fuerza á vencer si resistimos;
Una vez allí ya, no hay esperanza,
Es hundirse luchar, y nos hundimos.
Luchar queremos con esfuerzo escaso,
Y encadenar los brazos nos dejamos,
Queremos no avanzar, y el primer paso
En la pendiente corrediza damos,
No queremos caer, y del abismo
El pie ponemos en el borde mismo.

Eva y Adán confiados.... mas no, nunca
En tales casos calla la conciencia;
Temerosos mas bien, se aventuraron,
Y á orilla del peligro en su impaciencia
El pie seguro débiles llevaron.
Y llevaron su mano
Al árbol de los frutos misteriosos,
De profanar ansiosos
Del bien y el mal el escondido arcano.

Con incitante halago
Los inundó el contacto aun no sentido
Del árbol de la ciencia:
Dulce esperanza de un contacto vago
Trasmitió al corazón: sed y vehemencia
Del ignoto placer sintió su boca,
Y llevaron á ella el fruto ansiado

Con ciego desvarío,
Y mas y mas del fruto profanado
Bebieron sed en el contacto frío.

Y en tanto embriagadora
Impresión absorbía sus sentidos,
Del deseo la voz insinuadora,
Voz de encanto secreto, eco elocuente,
Les hablaba á la mente.
—«¿Qué es el deber?»—decía—
Inútil traba, transparente valla
Que forja vuestra necia fantasía,
Y, siempre en vuestra senda interponiéndose,
Doquier vayais ante vosotros se halla.

Avanzad y vereis como no existe.
¿Y para qué existiera? ¿Cuál su objeto?
¿Importa acaso á condición tan triste

Que viva el hombre sin cesar sujeto?
¿Que el corazón humano
Presienta el bien y, sin gozarlo nunca,
Respete siempre el escondido arcano?
Gozad, gozad la dicha de Dios obra;
Gozad.»—

Como si acaso se lograra
Gozar la dicha á par de la zozobra,
Cual si el bien que se roba se gozara.

III.

El lejano rumor de la tormenta
Próxima ya á estallar entre las nubes,
Remedaba en el viento
Del Dios del cielo el poderoso acento.
La luz de los relámpagos fugaces
Lejanos horizontes descubría,
Lejanos horizontes diseñaba;
Y el eco rónico del lejano trueno
El seno de la nube recorría
Y la extensión del viento amedrentaba.

ADAN.

¡Oigo al Señor! Negro color de duelo
Viste la nube, y rónico fragor suena
Del relámpago en pos.
En la región del cielo
No luce ya la espléndida, serena
Sonrisa de mi Dios.

EL DESEO.

¿La dicha que le robas no te anuncia
El, El mismo, turbaando los serenos
Espacios con su voz?
¿Y aun tu mano renuncia
Una dicha que vale nada menos
Que el enojo de un Dios?

.....
Rasga la nube el encendido rayo,
Ecos rónicos en ella se revuelven,
Gime natura, y en letal desmayo
Sombra y fragor la envuelven.

.....

IV.

¿Dónde está Adán? Ya la tormenta cesa,
Cesa el fragor del ígneo meteoro:
Nítido albor se cierne de las nubes
Rasgando el velo umbrío,
Y en cambiantes de oro
Baña las olas de la mar y el río.

Solo Adán, solo el hombre,
Cuando la tierra alégrese de nuevo,
Gime triste, él escucha solamente,
Para él tan solo suena,
La voz que airada del Señor potente
Grita en su mente y su conciencia llena:
—«¡Maldición sobre tí! Tú paz tenías

Y la lucha aceptaste:
Ruda lid de hoy en mas serán tus dias:
Doquier el mal te cerrará la senda,
Y tendrás que luchar una vez y otra
Sin tregua ni descanso en la contienda.

Con sudor de tu rostro,
Con dolor de tu alma,
De la victoria comprarás la palma;
Mas no la busques en el mundo nunca
Con insensato anhelo,
Yo la reservo para tí en el cielo.»—

Y la dicha del hombre
Se alejó de la tierra en lento vuelo,
Cual vapor que se pierde en el ambiente,
Como luz que se estingue en lontananza,
Dejándole al mortal para consuelo
Un reflejo no mas, que es la esperanza.

Calló Dios: bajo el peso de su pena
Eva y Adán se alzaron y anduvieron
Buscando sitio en la floresta amena,
Y á su paso las plantas y las fuentes
Y las aves canoras
Y los frescos arroyos transparentes,
Bullendo en la llanura,
Con vagas armonías seductoras
Regalaron su oído,
Y les brindaron paz, sombra y frescura.

Mas ¡ay! ¡en vano, en vano,
En vano todo al alma acógojada....!

¡Y era tan bello entonces
Cuanto abarcaba en torno su mirada!
Jamás tan bello el paraíso hallaron
Como en aquel momento
En que de Dios al indignado acento
Por vez postrera el paraíso hollaron.

Por vez postrera, sí. De allí salieron,
Y huyeron lejos con su mal profundo,
Mientras rico y espléndido y riente
Siguió su curso indiferente el mundo.

PEDRO M. YAGO.

Julio de 1860.

CRÓNICA DE TEATROS.

A medida que desaparece el otoño para dar lugar á su animado sucesor el invierno, paulatina y progresivamente van animándose los teatros de España, como bien lo demuestra la estensa crónica que abarcan los diarios de Madrid y provincias.

Nuevas refundiciones de *Urganda la desconocida*, algunos estrenos, y el exequatur de la censura en muchas producciones, de las que bastante número están escritas en valenciano, parecen demostrarnos ser las avanzadas de las que tendremos que saborear en esta temporada.

De las puestas en escena las de mayor éxito han sido *Las cañas se vuelven lanzas*, de García Gutiérrez, y *La profecía*, de Rivera, de que ya nos hemos ocupado; como igualmente el juguete cómico *¿Será éste?* de Don Enrique Zumel, estrenado en Variedades, que fue ejecutado admirablemente por los actores, tributándose el público muchos aplausos y llamando al autor al palco escénico. También ha sido muy aplaudido el juguete en tres actos *¿Cómo ha de ser!* cuyo autor, el señor Marco, fue llamado á la escena.

De las zarzuelas ha sido muy bien recibida *El rapucín de Candás* que está entreteniéndolo al público agradablemente.

En las provincias existe igualmente el mismo movimiento, tanto, que en el teatro Principal de Zaragoza se va á poner en escena á seguida *La profecía* y *Las cañas se vuelven lanzas*.

Y ahora que hablamos de provincias, no podemos menos de enviarle la mas cordial enhorabuena al artista D. Vicente Rodríguez Jordan, por los delirantes y multiplicados aplausos que recibe del culto público granadino, pues según la prensa de aquella capital ha alcanzado una completa ovación en los dramas *Creo en Dios* y en *La aldea de San Lorenzo*.

De las otras muchas obras que se preparan, ya tendremos ocasion de hablar cuando se hayan puesto en escena.

Y con todo, y á pesar de este movimiento que principia, la música parece que va entronizándose en todas partes, pues notamos que hasta teatros de orden secundario cuentan hoy con sus compañías de ópera, exhibiendo además continuas novedades.

Del teatro Real no decimos nada, puesto que por orden del Gobernador de Madrid se han suspendido las funciones á causa de una silba horrorosa habida en la representación de *Lucrecia*, demostrando de este modo el público su descontento al empresario Mr. Bagier, por presentar en el primer teatro de la península cantantes que no llegan ni con mucho á ser de *primo cartello*.

Decíamos que teatros secundarios sostienen sus completas compañías de ópera, exhibiendo novedades, y esto lo prueba las diferentes noticias que encontramos en los diarios.

En el teatro de Santander se han puesto en escena *Maria di Rohan*, *L'elixir d'amore* y *El barbero de Sevilla*, donde Ronconi se ha

hecho aun admirar á pesar de sus años, á la altura de su reputación, en los papeles de Dulcámara en *El elixir*, y de Figaro en *El barbero*.

En el teatro de Gerona se han ejecutado con éxito en lo que llevamos de temporada *El Trovador*, *Norma* y *Hernani*, y preparan el *Rigoletto* y *Pipelet*.

En diferentes puntos del extranjero también van á empezar los estrenos de varias óperas, como son: *La madre Slava*, del maestro Stermich, en el teatro Comunal de Trieste, y *Esther*, *La vendetta slava*, del maestro Platonio, y *La Carmelita*, de Paccini. En San Petersburgo pronto se pondrá en escena una ópera del maestro Flotow, titulada *Naida*, que ha sido comprada por el editor milanés Sr. Luca, en una cantidad fabulosa; pero en Trieste dos editores han pagado la suma de 72,000 francos por una que aun está escribiendo el maestro Petrella. Mas lo que hoy principalmente llama la atención del mundo parisiense es la obra póstuma del gran Meyerbeer, titulada *La africana*, y cuyo reparto ya anuncian los periódicos.

Respecto á nosotros, no cesamos de repetirnos la enhorabuena con los completos cuadros que de ópera, zarzuela, baile y declamación ostentan los teatros Principal y Princesa.

Continuas novedades nos presentan con tan brillante y numeroso personal, y no es extraño que uno y otro coliseo se vean ya bastante concurridos, á pesar de que el frío no ha llamado á nuestras puertas.

En la Princesa, entre sus variados espectáculos, se ha ejecutado la comedia siempre nueva de Moratin *El médico á palos*, donde ha encantado como siempre al público Perico García; y las zarzuelas *El Relámpago* y otras que la numerosa concurrencia ha aplaudido con entusiasmo.

En el Principal hemos tenido la insulsa comedia *Un loco hace ciento*, y las zarzuelas *Campanone* y *Los diamantes de la corona*, una y otra admirablemente interpretadas, sin atrevernos á citar ninguno de los artistas que en ellas han tomado parte, porque todos han rivalizado en su ejecución; con todo señalaremos á los señores Dalmau, Campoamor, Fábregas, y señoras Rodríguez y Santamaría, principalmente esta última, cuya argentina y brillante voz está cada día mas fresca y mas delicada.

Hernani, *Poliuto*, *I due Foscari* y *Maria di Rohan*, son las que en esta quincena hemos oído, siendo una completa novedad las dos últimas que hace muchísimos años no se habían cantado en Valencia.

I due Foscari menos conocida de nosotros, —nueva á nuestros oídos podremos decir— no nos atrevemos á emitir nuestra opinión con una sola noche que la hemos oído: mas con todo esta ópera de Verdi, no se puede en manera alguna parangonar con las demás del mismo autor, pues es á su lado una sencilla cantinella de dulces melodías, pero sin profundidad ni carácter alguno; sin embargo hay en ella trozos muy bellos como lo demuestra el aria de salida cantada por el tenor Pavani con el gusto que le caracteriza, y la del octogenario Dux de Venecia delicadamente espresada por el barítono Várvaro, logrando demostrar como él sabe siempre hacerlo, el profundo dolor reconcentrado del hombre que en el poder es impotente para salvar á su hijo. Su acento dolorosísimo en *Doge é padre chi sono sventurato*, de dicha aria de salida, no puede llegar á mas, ni ser mas enternecedor y desesperado.

En esta ópera ha debutado la *prima donna* Sra. Torricelli, que ha sido aplaudida y llamada á la escena con Pavani y Várvaro al final del terceto del segundo acto, y de cuya artista nos reservamos emitir nuestra opinión cuando la hayamos oído otra vez, perdida la impresión de la que por vez primera se presenta ante un público distinguido.

La última ópera *Maria di Rohan*, del maestro Donizetti, cantada el martes y miércoles últimos, ha sido bien recibida del público, y no dudamos pronosticarle buenas entradas cuantas veces se repita.

De la *prima donna* que en ella ha tomado parte Sra. Passerini, ya hemos hablado en otra ocasión, y solo nos resta manifestar cuánto nos complació en el desempeño de su parte, y principalmente en el aria de salida, que con su voz flexible y simpática espresó delicadamente, consiguiendo en el allegro nutridos aplausos.

Várvaro alcanzó también numerosos aplausos y bravos en el tercer acto, pues dijo con una dolorosa beatitud *Bianca di sol vestita*, y trasportándose en el alegre á la furiosa desesperación de *si, si fra poco, di sangue un rio*, que cantó bravísimamente, pero que nosotros nos atreveríamos á pedirle se moderase un poco en sus movimientos.

En esta ópera también tuvimos el gusto de que se nos presentara nuestra antigua contralto, la gitana del Trovador, Sra. Sanchioli, que el entusiasta y galante público del teatro Principal aplaudió frenéticamente al presentarse en escena.

Repetimos por último, pues, que esta ópera nos ha de dar ratos deliciosos, porque es de Donizetti y perfectamente acabada, y porque los actores que en ella toman parte lograrán dominarla en su ejecución.

Por hoy terminamos nuestra crónica, ya larga, reservándonos hablar en la inmediata de la comedia de nuestro querido amigo Enrique Gaspar, titulada *Moneda corriente*, que ha sido bien recibida del público, siendo llamado su autor al palco escénico repetidas veces, compartiendo su triunfo con el Sr. Mata por la esmerada ejecución.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

Por todo lo no firmado.

LUIS FABRA Y CAVERO.



El presente número es el primero del segundo año.

Los señores suscritores de Madrid y provincias que no han remitido el importe de las nuevas suscripciones se servirán hacerlo á la brevedad posible si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números sucesivos.

Los pedidos de colecciones completas no pueden servirse por estar agotada la edición.

Las nuevas suscripciones empezarán á contarse desde este número.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge.